

Leyenda del otoño y el loro

Versión de Graciela Repún

Dice una leyenda patagónica que un indio de la tribu selk'nam realizó un viaje al norte. Al regresar, volvió con ganas de contar lo que vio, pero de repente algo mágico sorprendió a toda la comunidad. Veamos...

En Tierra del Fuego, en la tribu selk'nam había un joven indio llamado Kamshout al que le gustaba hablar.

Le gustaba tanto que, cuando no tenía nada que decir —y eso era muy notable porque siempre encontraba tema—, repetía las últimas palabras que escuchaba de boca de otro.

—Me duele la panza —le contaba un amigo.

—Claro, la panza —repetía Kamshout.

—Miremos este maravilloso cielo estrellado en silencio —le sugería una amiga.

—Sí, es cierto. Mirémoslo en silencio. ¡Es verdad! ¡Está hermoso! Y es mucho más lindo así, cuando uno lo mira con la boca cerrada, ¿no es cierto? —respondía Kamshout.

—¡No quiero escuchar una palabra más! —gritaba, de vez en cuando, el malhumorado cacique—. ¡En esta tribu hay indios que hablan demasiado!

—Una palabra más, ¡demasiado!... —repetía Kamshout.

Por su charlatanería, toda la tribu sintió su ausencia cuando un día, como todo joven, tuvo que partir.

—Kamshout se ha ido a cumplir con los ritos de iniciación —comentaba alguno.

—¡Lo sé! —respondía otro—. Ahora puedo oír cantar a los pájaros.

—Yo escucho mis pensamientos —decía alguien más.

—Yo, el ruido de mi estómago —decía otra.

—Yo lo extraño —decía una. Pero enmudecía inmediatamente, ante las miradas de reprobación de los demás. Y pasó el tiempo. Tiempo de silencio y también de soledad.

Y Kamshout regresó.

Y las aves al verlo emigraron, porque ¿para qué cantar donde nadie puede escucharte?

Kamshout regresó maravillado. No podía olvidar su viaje y repetía a quien quisiese oírle (pero más a quien no) que en el norte los árboles cambian el color de sus hojas.

Les hablaba de primaveras y otoños.

De hojas verdes, frescas, secándose lentamente hasta quedar doradas y crujientes.

(Y los que lo oían imaginaban, tal vez, un pan recién sacado del fuego).

De árboles desnudos.

(Y los que lo escuchaban se horrorizaban de semejante desfachatez. ¡Si solo andaban desnudos animales y hombres!).

De paisajes dorados, amarillos y rojos.

(Y los obligados oyentes miraban sus pinturas para poder imaginar mejor).

De caminos hechos de hojas que crujían, coloreadas de dorado, amarillo y rojo, provenientes de árboles que se desnudaban.

¡Y semejante falsedad cerraba todas las posibilidades de imaginación!

Porque era demasiado esa combinación de sensaciones y de mentiras.

Ya en la tribu, todos creían que Kamshout estaba inventando un poco.

¿Qué era esa tontería de decir que los árboles no tienen hojas eternamente verdes?

¿Qué quería decir "otoño"?

¿Quién iba a tragarse el cuento de que los árboles pierden su follaje y luego les brota otro nuevo?

El descreimiento general enojó a Kamshout.

Lo enojó muchísimo. Muchísimo.

Lo hizo poner colorado de odio, le salieron canas verdes.

La autora

Graciela Repún

Escritora especializada en literatura infantil y coordinadora de numerosos talleres de escritura.

Publicó cuentos, obras de teatro, poesía, biografías, libros de leyendas y novelas. Asimismo, recopila leyendas y poesías tradicionales para la Biblioteca Imaginaria.

Entre sus obras se encuentran *El príncipe pide una mano* (Norma, 2008), *El mago y el escritor* (Norma, 2006) y *Leyendas argentinas* (Norma, 2001).



El falso médico

Versión de G. Barrantes y V. Coviello

Cuenta una leyenda urbana que un médico de guardia controlaba a sus pacientes, cuando advirtió que algo extraño había sucedido con uno de ellos. Veamos...

Desesperado por convencerlos de qué decía la verdad, Kamshout contó lo mismo infinitas veces, sin parar.

Día y noche, sin parar. Segundo tras segundo, sin parar. Hasta que sus palabras se fueron encimando unas con otras y se convirtieron en un extraño sonido.

La tribu trataba de esquivarlo.

Por hacerse los que no lo veían, por jugar a ignorarlo, no vieron, en serio, su prodigiosa transformación: Kamshout se convirtió en un loro gordo.

Recién lo notaron cuando escucharon que les hablaba desde los árboles.

¡Era él! ¡Ese pajarero era él!

No había duda. Era su voz, que ahora solo decía *kerrhprzh*, *kerrhprzh*... hasta el cansancio.

Kamshout volaba sobre las hojas, y al rozarlas, las teñía del color de sus plumas.

De pronto, una hoja cayó.

Corrieron a verla, a levantarla. La palparon y la volvieron a dejar en el suelo. Entonces, la pisaron.

La hoja, matizada de dorado, amarillo, rojo, crujió bajo sus pies.

—¡Es verdad! —dijeron—. ¡Todo era verdad! ¡Kamshout no nos mintió!

Pero Kamshout no respondió. Se había ido muy lejos. Dicen que acompañado por su amiga y enamorada.

La tribu quedó más en silencio que nunca.

Recién en la primavera, cuando las hojas volvieron a cubrir las ramas erizadas de frío de los árboles desfachateadamente desnudos, volvió Kamshout, acompañado de su compañera y de sus hijos.

Eso dicen algunos.

Otros dicen que los que vinieron eran solo un grupo de loros haciendo *kerrhprzh* sin cesar desde las copas de los árboles.

En *Leyendas argentinas*,
Buenos Aires: Norma, 2001.

Son muchas horas y el cansancio se acumula. Se siente sobre los hombros. Varios cafés engañan al sueño y lo retardan un poco pero esto solo no alcanza. Las guardias son inevitables, pero él sabe que con eso también suma experiencia.

Le pide a una enfermera que le alcance las historias clínicas de los pacientes de la habitación 224. Es el último esfuerzo. Ya se va. Una cama verdadera y no una camilla durísima y fría. Eso es lo que necesita.

Repara las historias clínicas: no son casos graves. No tiene que tomar decisiones por el día de hoy.

—Buenos días —dice en voz alta y firme—, cómo están hoy.

Estudio, un señor de unos 70 años, lo saluda apenas con la mano, pero le hace un gesto de que está todo bien. Cálculos renales como para llenar una estantería completa. Un poco dopado pero evolucionando bien. Lo revisa. Todo en orden.

En la cama de al lado, la otra paciente, Rosa. Entró con un cuadro de vesícula inflamada, para intervención. Tiene para unos días antes de ser operada. Con la vesícula inflamada hay más riesgos: ¿Es él que la ve muy pálida o realmente lo está? Le hace la pregunta de rigor.

—Y, doña Rosa, ¿cómo se siente?

—Con dolor, m' hijo, duele la herida.

El doctor trata de procesar rápidamente la información que vuelve a consultar en la historia clínica.

—¿Que herida, doña Rosa?



Historia clínica. Ficha médica de un paciente, con los datos sobre su persona, los tratamientos, los cambios ocurridos a lo largo de un tiempo, etcétera.



—La de la operación, cuál va a ser si no —le contesta la señora al mismo tiempo que levanta la sábana y parte del camión. La marca de la herida no le deja lugar a duda. La incisión se ve desprolija y la sutura no mucho mejor. El doctor no sabe por dónde empezar, pero hace la pregunta obvia:

—¿Pero quién... cuando la operaron, doña Rosa?

Doña Rosa le pide que le sirva un vaso de agua, pero el doctor está tan nervioso que casi se la toma él.

—Vino un muchacho joven, como usted, y se presentó como el doctor... no me acuerdo el apellido. Ya estaba con los guantes y con lo que va en la boca, eso, el barbijo, y me conto, hablando muy suavemente, que me iba a operar. Le pregunté si tenía que ser ahora. Me contestó que era el único momento en que el... ¿cómo se llama?, eso, quirófano, estaba libre.

Bueno, me dijo, ahora cierre los ojitos y relájese. Después me puso un pañuelo en la boca y me quedé dormida. ¿Pasa algo malo, doctor?



El doctor repasa por décima vez la historia clínica. Solo figura la rutina diaria, nada más.

—Doctor, ¿pasa algo?

Al médico le tiemblan las piernas y no puede decidir si dejar a Rosa sola o llamar a la enfermera, aunque no es la misma de la noche. Se pregunta cómo puede ser posible, cómo.

En Buenos Aires es leyenda,
Buenos Aires: Booket, 2015.

Los autores



Guillermo Barrantes. Periodista y escritor nacido en Buenos Aires. Trabajó en radio y fue coordinador de revistas de cine y literatura. Apasionado del género fantástico, sus cuentos integran diversas antologías y es autor de numerosos libros.



Victor Coviello. Escritor, publicista y librero nacido en Buenos Aires. Conocido sobre todo por sus libros sobre leyendas y secretos de su ciudad, ha publicado también obras para jóvenes, como *Buenos Aires de terror* y *El guardián del miedo*.

Actividad:

- 1) Indiquen con una X cuáles de las siguientes oraciones sobre las leyendas son falsas.
 - a. Kamshout es un loro de Tierra del Fuego que intenta convencer a su tribu de que existe el otoño.
 - b. Kamshout regresa maravillado de su viaje porque en el norte los paisajes tienen un color diferente.
 - c. Doña Rosa no se siente bien porque le duele la herida de la operación.
 - d. El médico está muy nervioso porque finalmente se descubrió la verdad: él es un falso médico.

2) Completen el siguiente cuadro según corresponda:

	Leyenda del otoño y el loro	El falso médico
Lugar donde transcurre la leyenda		
Elementos sobrenaturales		
Estas leyendas, ¿narran el origen de algo? Justifica		

Pueden escribirme a este mail por cualquier duda, inconveniente o problema que tengan:

Paopalacius@hotmail.com.

Recuerden que creé un grupo de Facebook para aquellos que, como yo, se manejan mejor en esa plataforma. Es para padres y/o estudiantes:

https://m.facebook.com/groups/514113459270390?group_view_referrer=profile_browser

¡Abrazo fuerte!

Fecha de entrega: 20/05/2020